

---

# Geometrías de un Sísifo liberal.

## El caso Aron

JOSÉ MARÍA LASSALLE\*

*“Prefiero equivocarme con Jean-Paul Sartre que tener razón con Raymond Aron”*

### I. EL CASO ARON

**P**ARÍS, mayo del 68... Barricadas en el Barrio Latino; panfletos arrojados desde las galerías de La Sorbona; gritos a favor del triunfo de la imaginación; policía en las calles; gases lacrimógenos; plazas abarrotadas con estudiantes; amenaza de huelga general en medio de una violencia soreliana; histerismo colectivo... La pesadilla de la guerra civil planea de nuevo después de la crisis de Argelia. Aquella vieja comitiva de espectros que había socavado la estabilidad de Francia desde el asunto Dreyfus se adueña otra vez del país.

En medio del caos, un profesor de La Sorbona, judío, liberal, lector de Proust en un mundo desgarradamente existencialista, pensador opuesto a las ideas gramscianas acerca del papel revolucionario del intelectual, elegante, *a rebours* como en la novela de Huysmans, defensor de Occidente cuando éste vive bajo sospecha, analista sutil en un contexto entregado al trazo grueso, toma la palabra desde las páginas del periódico en el que viene colaborando desde finales de los 40. Desde la tribuna conservadora de *Le Figaro* critica a la juventud revolucionaria acusándola de ser todo menos revolucionaria. Con el tono puntilloso de su admirado Proust deduce los porqués de aquella ficticia revolución. Lo hace sin pasión, erigido en un Simenon filosófico que se parapeta detrás de su pipa y su máquina de escribir. Desmonta la coartada de la presunta sinceridad revolucionaria de quienes tratan de asesinar la libertad en medio de los complejos laberintos emocionales de los protagonistas del 68, y les acusa de estar viviendo una revolución contra la prosaica injusticia que provoca el hastío de la prosperidad.

---

\* José María Lassalle (lassallehm@yahoo.es) es profesor de sistemas políticos comparados en la Universidad San Pablo CEU.

Otra vez Aron instalado en la educación sentimental de un liberal acosado. Las complicadas geometrías interiores del caso Aron emergen de nuevo, tal y como viene siendo habitual en él desde los años 30. Y así, el profesor habla ante el fenómeno del 68, pero lo hace desde la tribuna del periodista que piensa en clave política. Dice que Francia regurgita sus malos humores interiores. El «aquí y ahora» sesentayochista es la expresión de un debilitamiento moral de «la autoridad de los adultos, de los profesores, de las instituciones». La república francesa ha perdido autoridad, pero el mal no es sólo francés. En el fondo lo padece toda Europa. El psicodrama juvenil vivido en las calles parisinas es la expresión inconsciente de una erosión que afecta a la moral cívica de las democracias liberales europeas. Europa se apaga en medio de la decadencia del espíritu cívico. La sociedad industrial amenaza con destruir Europa disparando a su corazón una bala petrificada en la que está escrita la palabra «bienestar».

Su intervención irrita en la orilla izquierda del Sena parisino, entre las filas de esa buena sociedad bienpensante sobre la que nuestro hombre anduvo hurgando años atrás en busca de sus contradicciones y filiaciones opiáceas. Los enemigos de Aron esperaban la oportunidad. Por fin la encuentran en medio de una Francia que se desgarrar y sufre colectivamente. Sartre le contesta en *Le Nouvel Observateur*. Lo acusa de mediocridad intelectual y de ser un reaccionario que se oculta bajo la piel de un prosaico reformista. Incluso se atreve a decir que prefiere «hablar con una mujer de cosas insignificantes que de filosofía con Raymond Aron». Las palabras de Sartre levantan la veda y la irritación contenida se lanza sobre Aron arrolladoramente. Su presencia en La Sorbona se hace insostenible. Con las aulas, los pasillos y los claustros repletos de detractores que le recriminan sus palabras, Aron se ve desbordado por primera vez en su particular educación sentimental. El liberal acosado cede ante la presión y busca una salida sumido en una abrupta soledad que la derecha bonapartista no ataja porque ha decidido aprovechar el momento para saldar algunas cuentas que tenía pendientes con Aron.

¿El fin de Aron...? No, un año después, desde su refugio en la *Escuela Práctica de Altos Estudios*, reanuda su labor criticando a quienes lo arrinconaron en el 68. Regresa más Aron que nunca; transformado definitivamente en una especie de Sísifo liberal que carga de nuevo sobre la

espalda su compromiso con la libertad. Y así, Raymond Aron –del que podría decirse como Homero del verdadero Sísifo que era el más prudente de los mortales– se ve obligado a insistir, solitario, peldaño tras peldaño, en un argumentario infatigable en defensa de la libertad. A pesar de los reveses y de ver cómo sucesivas oleadas de enemigos de la sociedad abierta se lanzaban contra sus murallas, fue capaz de permanecer fiel al liberalismo en el que creía; quizá porque tempranamente se curó de todo idealismo quimérico y supo cultivar ese pesimismo activo en el que forjó su magistral obra. En fin: el caso Aron o, si se prefiere, la educación sentimental de un liberal en tiempos sombríos.

## II. ENTRE PROUST Y KANT

Sin ánimo definitivo baste este apunte temprano como resumen de la vida y la obra de un hombre profundamente temperamental, aunque no lo pareciera, y que fue definido por Allan Bloom como «el último liberal». Para ello hay que acudir a dos coordenadas que el propio Aron desliza en sus *Memorias* cuando señala al describir su estancia en la *Escuela Normal* que: en ella «me sentía transportado tanto por Kant... como por Proust. Con aquél escapaba de mí mismo, de mis dudas, de la opinión ajena; me confundía con el entendimiento o la razón. Con éste, leyendo *En busca del tiempo perdido* volvía a encontrar la dificultad de vivir, la esclavitud a que reduce la obsesión por la opinión ajena, la fatalidad de las decepciones».

Ambas coordenadas intelectuales tuvieron una trascendencia más radical de lo que a simple vista parece. Dentro de ellas se ubica la entraña personal de un pensador caracterizado por defender sin concesiones el mundo civilizado y burgués que contiene el universo proustiano y que, asentado sobre las claves filosóficas de Kant, constituye, con sus vicios y virtudes, el corazón decantado y desencantado de ese Occidente liberal a cuyo servicio puso Aron su talento y escritura, pues, como sigue reconociendo: «Kant y Proust, la deducción trascendental o el salón de Madame Verdurin, el imperativo categórico o Charlus, el carácter inteligible o Albertine. Entre los dos, ni *La división del trabajo*, ni *El suicidio*, ni *Las formas elementales de la vida* me conmovían... Temo estar esque-

matizando una vez más... [Pero] la sociología de Durkheim no motivaba ni al metafísico que aspiraba ser ni al lector de Proust, deseoso de tomar conciencia de la comedia y la tragedia de los hombres en sociedad».

Cuando Bertolt Brecht habla de unos «Tiempos sombríos» para describir los años en los que el nazismo se adueñó de Alemania y la precipitó en la ignominia del Holocausto y la derrota, nos estaba dando las claves metafóricas de una época de horror e iniquidad que, sin embargo, no terminó con la victoria aliada. La entrada del Ejército Rojo en Berlín supuso la consolidación de la tiranía estalinista y, con ella, su proyección más allá de las fronteras de la URSS. Sobre los escombros del Imperio de los Mil Años hitleriano se cerraba un Telón de Acero que condenaba a la Europa situada al este de la línea Elba-Trieste a seguir padeciendo el totalitarismo.

Con el bloqueo berlinés ordenado por Stalin, Europa occidental adquirió el aspecto de una ciudadela acosada. Su sostenimiento se produjo gracias al apoyo de los Estados Unidos: esa especie de República imperial que, como aventuró Raymond Aron, tuvo que desempeñar a regañadientes el liderazgo de un mundo libre que vivía debilitado por la doble presión de una Unión Soviética que no disimulaba su expansionismo y una crítica disolvente que, intramuros, ejercían los círculos intelectuales que despreciaban la democracia liberal.

En tan difícil escenario histórico se ubica la figura intelectual de Raymond Aron (1905-1983). Las ocho décadas del siglo que vivió le permitieron asomarse a un periodo histórico regido por el dolor colectivo de una Humanidad amenazada por el totalitarismo. Inmerso en el flujo palpitante de una historia desquiciada que arrastró a Europa al horror bélico en dos ocasiones, Aron presenta el aspecto de un pensador que –como sucedió un siglo antes con su admirado Tocqueville– fue capaz de mantener la serenidad analítica y penetrar en la entraña de una historia trepidante, captando como pocos los resortes sociales y políticos de su tiempo.

Quizá por ello la izquierda sometida al pontificado de Sartre localizó en Aron el objetivo de sus ataques. De hecho, Aron encarnaba todo lo odiado por ella. Sometido a un «cordón sanitario» intelectual, fue un apesado a sus ojos. Pero no a la manera de aquellos monstruos que como Celine o Drieu La Rochelle habían colaborado con Vichy y el fascismo, sino como ese peligroso espécimen de cuello blanco, corbata, aire anglo-

sajón y erudición profesoral que, con buenas maneras y sin estridencias y anatemas, hacía suya la modernidad, la democracia y la libertad detrás de la que se parapetaban sus perseguidores.

Liberal apasionado, Aron defendió la civilización liberal en la que creía con la fuerza de la palabra y las ideas. Por eso, como apunta Bave-rez: «una suerte de Santa Alianza formada por los comunistas, los progresistas y los neutralistas» cayó sobre él una y otra vez al representar el intelectual ‘comprometido’ con la burguesía y la alianza trasatlántica que defendía la libertad durante la Guerra Fría, especialmente cuando en 1955 tuvo la osadía de publicar *El opio de los intelectuales* y, poco antes, de convertirse en el editorialista de aquel *Le Figaro* que su querido Proust había descrito como el «periódico del sable y el hisopo, de los *five o'clock*, sin olvidar la pila de agua bendita».

### III. EL EXTRAÑO CURSO DE UN LIBERAL

Nacido en París en 1905, Aron comienza su vida bajo la agitación tardía del escándalo Dreyfus. Su ascendencia judía y la pertenencia a una familia acomodada marcaron los primeros años de la existencia de Raymond Aron. No hay que olvidar esta clave histórica si quiere sacarse a la luz la entraña existencial del autor. Sobre todo porque con el famoso *affaire* se explica en parte el acaecer tormentoso de la III República: esa Francia atormentada que tuvo que superar la derrota frente a Bismarck encauzando el revanchismo hacia la construcción de un vasto imperio colonial que le permitió afrontar las tensiones sociales que arrastraba desde la revolución de 1848 y que, luego, el experimento de la Comuna parisina patentizó de nuevo.

El nacimiento de Aron coincide con el triunfo de los *dreyfusards* y sus aliados políticos. El 21 de julio de 1906 Dreyfus es investido con la Legión de Honor y Picquart ascendido al generalato. El 29 de octubre de ese mismo año Clemenceau es nombrado Ministro de la Guerra. El 14 de marzo de 1905 nace Aron: el tercero de tres hermanos de una familia liberal y descreída que hizo que no recibiera educación religiosa. De este modo, Raymond Aron es un exponente más de esa tradición intelectual judía que exteriorizaba la integración cultural del judaísmo francés y que

el propio Proust supo reflejar novelescamente a través de personajes como Swann o Bloch. En sus *Memorias* Aron admite que la figura de su padre representó la imagen de una vocación frustrada que tenía que paliar filialmente: la del profesor de derecho que volcó sobre su hijo la superación del fracaso de su carrera académica. De hecho, señala Aron: «a medida que la edad me permitió comprenderlo, dejé de ver a mi padre como un ser todopoderoso para ver en él a un padre humillado, sintiéndome portador de las esperanzas de su juventud, encargado de procurarle una especie de revancha: yo borraría sus frustraciones con mis éxitos». En este sentido merece destacarse que fue su padre quien estimuló su dedicación tanto a los estudios superiores como a la lectura de Tolstoi, Dostoievski, Horacio o Proust, contribuyendo decididamente a que Aron tomara la decisión de ingresar en la *Escuela Normal Superior* en 1924. En ella fue compañero de Sartre, Paul Nizan, Louis Herlan, Georges Canguilhem y Daniel Lagache.

Creada para formar a las elites de Francia, según apunta Bertaux, la *Normal* llevaba a cabo «cada año una dura selección por toda Francia, reuniendo en el mes de octubre, el mes de la vendimia, a una treintena de jóvenes que residían en un viejo caserón detrás del Panteón... Se les confiaba una biblioteca de cuatrocientos mil libros, al tiempo que se conducía sus primeros pasos. De la fricción de aquellos cerebros se producía su obra: una promoción de máquinas intelectuales turboalimentadas que funcionan a pleno rendimiento». Ejemplo de ello fue la relación surgida entre Sartre y Aron. Una competición que representó la quintaesencia del *polemos* schmittiano amigo-enemigo, y que a pesar de las numerosas muestras de desprecio del segundo hacia el primero, no evitó que la amistad siguiera subyaciendo entre ambos, mezclada incluso por una especie de devoción recíproca. Según señala A. Cohen-Solal: «en aquellos años de tempranos vuelos filosóficos Sartre y Aron compartían una complicidad y una complementariedad asombrosa: Sartre, el creador loco y audaz, necesitado con urgencia por saber y conquistar; Aron, el metódico, el racional y prudente, explorando el mundo de la filosofía desde la finura extrema de las inteligencias escrupulosas y atentas; Sartre, más preocupado por descifrarse a sí mismo; Aron, más encarnizado por descifrar el mundo; Sartre, más rígido y oscuro; Aron, más flexible y negociador; Sartre, constructor de magistrales visiones del mundo;

Aron, promotor de útiles herramientas teóricas; Sartre, el inventor genial; Aron, la inteligencia exquisita; Sartre, la afirmación perentoria; Aron, la ponderación refinada; Sartre, combativo, Aron sugerente; Sartre osado, Aron temperamental; Sartre exponiendo proyectos definitivos, la filosofía que la inspiración forjará tan elaborada como un relato; Aron, matizador, sugeridor de lecturas que pule con prudencia».

Tras obtener el primer puesto dentro del concurso de 1928 de agregados en filosofía, Raymond Aron ingresa en el ejército, no sin reconocer que el balance de su paso por la *Normal* fue de una «profunda desesperación ya que tenía la sensación de haber perdido años en no aprender prácticamente nada». Cumplido el servicio militar, elige Alemania para completar sus estudios. En 1930 se traslada a este país siguiendo la estela trazada en la historiografía francesa por Durkheim. Primero, es lector en la Universidad de Colonia y, después, en la de Berlín. Esta circunstancia le permite asomarse a la convulsa situación alemana del periodo de entreguerras. Como reconoce en sus *Memorias*, su estancia alemana le instaló en un «observatorio privilegiado» desde el que pudo contemplar la efervescencia del pensamiento alemán de la época al tiempo que asistía a las clases prácticas que deparaba la descomposición de la República de Weimar.

Con todo, la repercusión formativa más importante tuvo lugar en contacto con la obra de Max Weber, circunstancia que coincidió con el hecho de verse a sí mismo como un «espectador comprometido» que aprovechó la oportunidad de reflexionar periódicamente sobre la Alemania de los años 30. Aquí, no puede dejarse de lado un dato autobiográfico: la visión junto a su amigo Golo Mann del espectáculo de la quema de libros ordenada por los nazis en el patio de la Universidad de Berlín. Ante este hecho, comenta el propio Aron que el tibio izquierdismo de sus primeros años se diluyó al constatar de primera mano la amenaza totalitaria que pendía directamente sobre su persona al pertenecer a esa estirpe de judíos comprometidos con el liberalismo democrático de la III República francesa y que a los ojos del nazismo encarnaba todo lo que odiaba éste. En este sentido, puede afirmarse que esta percepción biográfica fue determinante en términos políticos ya que Raymond Aron se decidió a colaborar activamente en la lucha contra el totalitarismo. Su primer paso fue publicar en la revista *Europe* una serie de artículos en los que destaca

tempranamente su sorprendente capacidad de análisis de la realidad política y, sobre todo, la articulación de un argumentario «razonable» y «posibilista» que, como años después reconoció, estaba en los antípodas del que seguirían sus contrarios en el oficio –Merleau-Ponty y Sartre–, pues: «Ellos prefieren la ideología o, lo que es lo mismo, la imagen literaria de una sociedad deseable antes que un estudio del funcionamiento de una economía dada y de un sistema parlamentario... A lo que se añade un segundo dato, más importante todavía: ellos rehusan responder la pregunta que alguien me planteó en una ocasión: si estuviera en el pellejo de un ministro, ¿qué haría?».

De vuelta a Francia en 1934, Aron imparte clases de filosofía en el liceo de Le Havre. Entonces publica *La sociología alemana contemporánea* (1935), obra en la que analiza las diferentes escuelas sociológicas alemanas: desde Simmel a Tönnies, pasando por Oppenheimer, Mannheim y Max Scheler. La parte más importante de su estudio la dedicó a la sociología de Max Weber ya que, como señala en *El espectador comprometido* (1981), encontró un autor en el que pudo inspirarse intelectualmente al compatibilizar en su quehacer reflexivo tanto «la experiencia histórica [como] la comprensión de la política, el deseo de verdad en el momento de la decisión y la acción». Fue precisamente en estos años cuando comienza el alejamiento de Sartre al sufrir la acusación de ser un conformista burgués que ponía en práctica un pobre racionalismo analítico en sus trabajos. Curiosamente este hecho coincide con la aproximación de Aron al novelista André Malraux, autor con el que pronto trabó una fértil amistad, inspirándole literariamente las claves de un decisionismo activo y pragmático al servicio de la libertad y que, con los años, permitió a Aron articular el desarrollo de una suerte de pensamiento decisionista y liberal que enmarcó dentro de un contexto de excepcionalidad totalitaria.

#### IV. LA TEORÍA DE LA ACCIÓN ARONIANA

En 1935 Raymond Aron entra a trabajar en el Centro de Documentación Social de la Escuela Normal de París. Traba contacto con Adorno y Horkheimer, que le encargan la crítica de los libros franceses en la *Zeitschrift für Sozialforschung*. Estos años son de una extraordinaria produc-



ción científica. En 1937 defiende su tesis doctoral, que titula: *Introducción a la filosofía de la historia. Ensayo sobre los límites de la objetividad científica*. La importancia de esta obra es básica en la comprensión del pensamiento aroniano. En ella se perfilan las líneas de análisis que lo presiden: ese relativismo y escepticismo programático sobre el que se basa un pesimismo antropológico que resume en estos términos: «La existencia humana es dialéctica, es decir, dramática, actúa en el seno de un mundo incoherente... busca una verdad huidiza sin otra seguridad que una ciencia fragmentaria y una reflexión formal».

Desarrollada a partir de una cuestión fenomenológica acerca de si existe un fundamento común entre la existencia y el saber, Aron la complementa con una tesis secundaria: *Ensayo sobre la teoría de la historia en la Alemania contemporánea. La filosofía crítica de la historia*. En ella examina los argumentos que mantienen al respecto Dilthey, Simmel, Rickert y Max Weber; en concreto cuáles han de ser las posibles condiciones y los límites de un conocimiento objetivo. En este trabajo y en el anterior, Aron despliega una estrategia de análisis que recuerda bastante el distanciamiento elegante que practica Tocqueville. Como éste, elude el optimismo metodológico de la Ilustración y el positivismo, desembocando en un escepticismo contenido cuyos antecedentes más inmediatos sitúa en Burckhardt, en la «Segunda Consideración Intempestiva» de Nietzsche y, sobre todo, en el conjunto de la obra de Max Weber.

Para el Aron que emerge de este corpus de pensamiento, la historia es un drama sin unidad cuya reconstrucción sólo opera a partir de los hechos acaecidos. En este sentido, no puede acudir a los hechos que están supuestamente por acontecer. Aquí, la filosofía ejerce una función de análisis que tiene que eludir cualquier planteamiento «puro» o «absoluto». Debe localizar su acción en la contingencia de nuestro conocimiento del mundo, mostrando la necesidad de que la mirada del filósofo de la historia se instale en una permanente revisión de sus planteamientos. De hecho, la apuesta epistemológica de Aron lo convierte en un pensador que reivindica la contingencia como presupuesto operativo ya que a sus ojos resulta imposible fijar un horizonte cierto y definitivo para la historia y el conocimiento humanos.

El punto de partida sobre la historia es lo que denomina el método «comprensivo»: una apertura al análisis de las estructuras de lo real que

son, por su propia naturaleza, inagotables y ricas en significados e interpretaciones. En este sentido, no hay que olvidar que este análisis se encuentra condicionado por la situación misma del historiador. Éste vive desde su temporalidad y es solidario emotivamente con la propia evolución histórica dentro de la cual es juez y parte. La historia humana se contrapone de este modo a la natural ya que la primera no es nunca algo externo al hombre sino la esencia de su propio ser: «el hombre no sólo está en la historia sino que lleva en él la historia que trata de explorar». En tanto que el conocimiento histórico recae sobre el esfuerzo intelectual de captar lo singularmente irreplicable, el historiador deberá afrontarlo con grandes reservas. La principal es evitar la comprensión misma del hombre como un espíritu puro o un yo trascendente. El hombre es un sujeto histórico. Lo decisivo en su persona es «la conciencia del pasado y la voluntad de definirse de acuerdo con él».

Por ello, las cuatro cuestiones fundamentales que nuclea la experiencia humana son para Aron: 1) Saber cómo vivieron nuestros antepasados y cuáles fueron sus instituciones, modos de vida y creencias. 2) Analizar por qué y cómo en un determinado lugar acontecieron ciertos hechos, siendo básica la comprensión de las intenciones de los actores que los protagonizaron. 3) Dar sentido a los hechos reconstruyendo los conjuntos inteligibles de la realidad que estudia el historiador. 4) Investigar el sentido de los cambios de la historia.

De todo ello se desprende la tesis aroniana de que el estudio de la historia humana jamás podrá hacerse bajo las claves de la historia natural ya que siempre implicará tomar conciencia de la condición del hombre dentro de un mundo incoherente que vive desgarrado por conflictos de clase, internacionales e ideológicos. Aquí no hay que olvidar que Aron escribe estos trabajos mientras se produce la anexión nazi de Austria, deduciendo de los difíciles momentos que le toca vivir la idea de que la inteligibilidad de la historia es siempre fragmentaria y elusiva de cualquier aproximación totalizadora de acuerdo con criterios de racionalidad científica. Estas circunstancias hacen que se perciba en los trabajos iniciales de Aron un rechazo metodológico hacia cualquier tipo de visión globalizadora del mundo histórico, oponiendo a ella una propuesta analítica basada en la moderación, el diálogo y, sobre todo, un argumentario que funda en el «sentido común» y la «acción

razonable» como criterios operativos. De nuevo la recepción del pensamiento de Weber resulta fundamental. Sobre todo debido al empleo de esa «razón histórica» weberiana que trata de comprender la realidad, especialmente política, a partir de los propios valores y del marco histórico-social en el que se mueve el observador. Para Aron, el análisis histórico debe ubicarse en la realidad inmediata. Por eso, los límites a la objetividad son siempre un puro juego, pues la realidad es algo inexorable a lo que hay que plegarse inevitablemente, de modo que la política es siempre una realidad irreductible que exige un examen de lo concreto y nunca una reflexión científica que conciba la conducta humana bajo categorías «sub specie aeternitatis».

Siguiendo una técnica narrativa semejante a la que, por ejemplo, desarrolla su admirado Proust, Aron trata de estudiar los fenómenos históricos desplegando la lógica de quien desliza la mirada con el fin de clarificar hasta qué punto la inconsciencia deliberativa y la afirmación de la voluntad humana se disputan el desenlace último de la «decisión» dentro de un marco movedizo de opciones cambiantes y coyunturales. Y es que, como advierte en la *Introducción a la filosofía de la historia*: «A cada instante debemos recrear nuestro yo al vincular el pasado con el presente. Así, se aúnan dentro de una dialéctica constantemente renovada el conocimiento retrospectivo y la elección, la aceptación de lo dado y el esfuerzo de superación. Uno se descubre tanto por la acción como por la introspección». Y si el conocimiento de cada uno de nosotros no puede desgajarse de nuestra temporalidad, entonces tampoco podrá plantearse hacer algo distinto cuando se afronta el conocimiento de la historia. En realidad, el historiador lo que debe hacer es captar el sentido de lo vivido o, si se prefiere, el sentido inmanente de los hechos. Y como éstos tienen una estructura compleja que son el fruto de infinidad de elecciones e introspecciones, cualquier «reconstrucción histórica guarda siempre un carácter inacabado ya que nunca es capaz de deducir todas las relaciones ni agotado todas las significaciones». Reflexión que apostilla años después en su «Introducción» a *El político y el científico* de Weber al señalar que: «La ciencia histórica o la ciencia de la ‘cultura’, como la concebía Max Weber, era la comprensión de la manera como los hombres han vivido, del sentido que habían dado a sus existencias, de la jerarquía que habían establecido entre los valores, en tanto que la

acción política es el esfuerzo realizado en circunstancias que no hemos escogido para promover los valores que son constitutivos de nuestra comunidad y nuestro modo de ser».

Sobre la base de la percepción de las claves de su tiempo y de los valores constitutivos de su estructura, Aron toma conciencia de que el mundo del periodo de entreguerras es el marco de una lucha planetaria por el establecimiento de un sistema político y moral que modele la existencia misma de la humanidad. La evolución científico-técnica hace posible que por primera vez en la historia sea posible esa planetarización de las estructuras políticas, sociales y económicas. Dentro de ese marco, la elección prioritaria que cada hombre debe abordar es, precisamente, decidir entre los sistemas en pugna. El abismo decisionista radica ahí: en elegir sobre el destino de la humanidad a partir de la elección del destino de uno mismo. Aron lo hace a partir de su reflexión epistemológica y toma partido por el sistema demoliberal. La razón de ello es coherente con su análisis científico sobre el conocimiento y la historia. La democracia liberal es una cosmovisión que garantiza al hombre el suficiente margen de acción interna y externa para contribuir con sus decisiones particulares y sus elecciones vitales a que la narración de la historia humana y la evolución del conocimiento sigan permaneciendo abiertos a la libertad y a la espontaneidad de su desarrollo.

## V. DECISIONISMO LIBERAL

Durante el periodo de realización de su tesis doctoral, Aron se convierte en alumno de Alexandre Kojève en la Escuela Práctica de Estudios Superiores. Fueron compañeros suyos Eric Weil, Lacan, Polin, Bataille y Merleau-Ponty. Lo más importante del periodo previo a la Segunda Guerra Mundial reside en que Aron radicaliza su interés por la acción. De hecho, fue entonces cuando tuvo lugar su aproximación definitiva al liberalismo. Producto de una elección decisionista, Aron asume el compromiso personal de enfrentarse con el totalitarismo mediante una defensa del liberalismo y la democracia parlamentaria. La confianza en la idoneidad de la elección reside en la decisión misma, pues: «La elección es el acto decisivo por el que me comprometo... se confunde en

realidad con una decisión sobre mí, puesto que ésta tiene como origen y por objeto mi propia existencia».

La amenaza nazi-fascista que se cernía sobre Europa fue el desencadenante de la decisión aroniana. Sus artículos periodísticos dan la pauta. Desde 1937 mantiene una línea crítica de calado frente a la política exterior de apaciguamiento seguida por las democracias liberales ante el expansionismo agresivo alemán e italiano tras la militarización de Renania y la invasión de Abisinia. Y así, en medio de la ola de pacifismo que vivían Gran Bretaña y Francia, defiende el empleo de la fuerza frente a Alemania e Italia. Fiel a su pragmatismo analítico y epistemológico apegado al «momento», Aron emprende la senda de un activismo liberal que buscará el fortalecimiento de la política exterior de las democracias europeas en su guerra no declarada con el totalitarismo fascista.

En realidad, reflexión y praxis van de la mano en el trabajo intelectual que Aron desarrolla a lo largo de los años treinta. Su actitud metodológica causaba sorpresa. Sobre todo el «espíritu negativo» y el tono «desesperado» con el que enunciaba la mayoría de sus análisis; circunstancias que están íntimamente relacionadas con ese carácter de compromiso personal sobre el que Aron funda su liberalismo y que es, fundamentalmente, el fruto de sus planteamientos epistemológicos: la creencia de que el hombre toma conciencia de sí mismo después de «reconocer el devenir real del que sólo es un átomo», de modo que está «en», y mediante el momento histórico al que pertenece.

Llevado por estas claves decisionistas, Aron ensaya un camino de análisis que es el producto de una elección política frontal: se ubica frente al problema político de su tiempo –el totalitarismo con vocación planetaria– y lo examina desde la elección y la decisión personales. La historia, piensa, se confunde con la humanidad, y él aspira a contribuir a la narración del desenlace histórico de su tiempo desde sí mismo, pues, «el hombre es una historia inacabada». De ahí el despliegue de un criterio de análisis basado «en el momento y para el momento», y éste no era otro que el del naufragio que para la modernidad liberal supuso la irrupción brutal en el escenario de la historia del fenómeno totalitario. Ejemplo de su método fue la actitud adoptada por Aron frente a la Guerra Civil española. De un lado defiende la no injerencia de Francia en el conflicto. Las profundas divisiones internas que vivía la sociedad francesa acon-

sejaban mantener al país fuera de una guerra que podía avivarlas. De otro, apoya desde la tribuna periodística la causa republicana, aunque progresivamente matiza esta actitud; sobre todo a medida que el bando republicano va cayendo víctima de la influencia comunista. Aron pensaba que si Francia tomaba partido por los republicanos españoles, la reacción de las derechas francesas debilitaría la fortaleza interior del país. Y Francia, según Aron, no podía permitirse una fragmentación intramuros cuando tenía que oponerse firmemente a Hitler y Mussolini.

La actitud aroniana durante la Guerra Civil española fue un intento de encontrar un equilibrio argumentativo entre su liberalismo y su patriotismo francés, pero sin olvidar que su condición liberal era una posición atípica dentro de una Francia cada vez más abruptamente radicalizada en torno a una derecha y una izquierda extremas. Para Aron, la situación política francesa era de una debilidad interior muy peligrosa. La falta de operatividad de sus instituciones republicanas repercutía en el funcionamiento normal de la democracia parlamentaria. Obsesionado por la decadencia de Francia y la percepción de que era inevitable una guerra con Alemania debido al revanchismo de Hitler, creía que el talón de Aquiles francés residía en la inexistencia de una mayoría que impusiera la moderación y el justo medio, algo que había sido esencial durante la Primera Guerra Mundial. De ahí que en tan difícil escenario nacional, Aron sea capaz de mantener un respaldo posibilista al Frente Popular, y matizarlo con un argumentario crítico frente a sus medidas económicas, rehusando participar en el llamado *Movimiento de Intelectuales Antifascistas* porque ve entre sus filas un claro predominio comunista.

Precisamente, a partir de la firma del pacto germano-soviético de agosto de 1939, Aron da una nueva vuelta de tuerca en su rechazo al totalitarismo. Desde entonces considera que el nazismo y el comunismo son dos caras de una misma moneda. En tan difícil tesitura para la democracia liberal, Aron es consciente del pinzamiento totalitario que soporta ésta. La preponderancia de su dedicación al periodismo es entonces producto de las circunstancias históricas y de la metodología analítica aroniana. En este sentido, la elección del periodismo no es casual en la biografía y en la metodología de Aron. Si la reflexión debe estar apegada a la textura movediza y cambiante del momento histórico, entonces, la reflexión debe ir más allá del pensamiento esencializador para desem-

bocar en una propuesta de soluciones prácticas que influyan en los acontecimientos de una historia abierta a la escritura colectiva e individual de los hombres. De hecho, Aron ve en el periodismo una proyección práctica de su metodología: quiere estar en el foro y discutir sobre los problemas que lo aquejan, influyendo en la administración y solución de los mismos. Así, la reflexión de largo recorrido queda postergada a favor de la inmediatez del pensamiento periodístico. Puede afirmarse que la experiencia de su tiempo mueve al hombre histórico que es Aron hacia la acción liberal en la prensa. De nuevo, Aron exterioriza una compleja geometría de equilibrios interiores y exteriores en la que la tensión y el desgarramiento son elementos operativos de un decisionismo a favor de la libertad como pieza básica de la estructura de una cosmovisión amenazada por el auge de los totalitarismos.

La acción política aroniana se desvela así como deducción de su sistema de pensamiento. Máxime cuando de acuerdo con éste los aspectos sociopolíticos del momento son algo más que un mero juego en el que no pueden operar ni la fantasía utópica ni la demagogia. El totalitarismo tiene detrás de sí una epistemología y una antropología coherentes y eficaces a la vista de los éxitos cosechados en Rusia y Alemania. Por eso, frente al totalitarismo, Aron adopta un liberalismo combativo de carácter práctico e intelectual. Su aceptación apasionada de la democracia liberal le conduce a un decisionismo que estimula la percepción emotiva de vivir una frontera amigo-enemigo insalvable. De ahí que haga suya la reforma liberal, sus prácticas e instituciones formales como un argumentario estratégico con el que trata de frenar el avance del totalitarismo. Una de esas instituciones es, precisamente, la prensa a la que el liberalismo atribuye una función reformadora de primer nivel. Su condición de contrapoder y su capacidad de vertebrar argumentativamente la opinión pública que sostiene la democracia liberal, hacen de ella un instrumento de reforma que es capaz de influir en el poder aliviando las tensiones sociales.

En este sentido, la elección de la prensa como vehículo de acción aroniana no es casual. La contempla como parte de su estrategia de combate reformista: un «arma de la razón escrita» sumamente operativa y eficaz dentro de una sociedad de masas propensa a la presión revolucionaria y su lógica violenta, ya sea fascista o comunista. Primero, localiza sus ataques sobre el fascismo y, después de la Segunda Guerra

Mundial, sobre el comunismo, al que ya antes de la guerra avizora como la amenaza más directa y profunda que gravita sobre el futuro de la libertad al portar el mito de una revolución popular que no es más que «la máscara democrática de la tiranía en la que se pone en tela de juicio la libertad».

La derrota de Francia en junio de 1940 lleva a Aron a vincularse con el movimiento de resistencia gaullista, uniéndose a las fuerzas francesas que desde Londres dirigía el general De Gaulle. Su participación en la guerra hace que contribuya al esfuerzo bélico periódicamente. A tal fin asume los editoriales de *La France Libre*, revista que desde el exilio londinense sostenía la retaguardia intelectual de la Francia combatiente. Aron coordinó sus trabajos y logró que la publicación mantuviera tanto un eficaz contenido propagandista como un alto nivel de calidad e independencia. La nómina de sus colaboradores lo atestigua: L. Lévy, R. Caillois, G. Bernanos, J. Maritain, R. Cassin y E. Vermeil, entre otros. Aron fue el secretario de redacción y desde ella trabó relación con Hayek y Lionel Robbins. Sin embargo, su compromiso con el periodismo que pone en marcha a través de *La France Libre* no se desgaja de lo que, luego, terminada la Guerra Mundial, serán los parámetros sobre los que edifica su pensamiento político postbélico. De hecho, en 1945 agrupa sus artículos en un trabajo que titula: *El hombre contra los tiranos*; siendo cuatro los bloques temáticos que sostienen su reflexión: el carácter seductor de las tiranías; la debilidad operativa de las democracias; la naturaleza de la guerra imperialista y las perspectivas futuras de la libertad.

#### VI. EL GEÓGRAFO DE 'LA PAZ IMPOSIBLE, GUERRA IMPROBABLE'

La vuelta a Francia terminada la guerra supone el inicio de una nueva geometría de equilibrios personales y profesionales. Es entonces cuando Aron tiene que armonizar los tres vectores que integran su biografía: la política, el periodismo y la universidad. De los tres, el tercero es el que queda postergado, al menos provisionalmente. Aquí habría que recordar que su perfil heterodoxo había lastrado el desarrollo de su carrera académica desde el comienzo. La elección de su tema de tesis –el análisis del fundamento común del saber a partir de la sociología alemana en un



entorno profundamente positivista como era el francés de los años treinta— marcó un sello personal a su figura de investigador. Lo mismo que el tratamiento de su investigación, ya que su tono escéptico y trágico le granjeó numerosos adversarios. Como señala G. Fressard cuando estudia los años de la formación doctoral de Aron: «¿Cómo es que una tesis tan magistral, tan revolucionaria para la época y que promueve tantos problemas no ha sido más examinada y discutida?».

La amargura universitaria de Aron no debe descartarse a la hora de explicar su alejamiento académico después de la guerra. En 1938 accedió a una plaza de profesor suplente en Burdeos, rehusando a la misma cuando se le ofreció de nuevo en 1945. El propio Aron era consciente de las dificultades que planteaba su currículum de heterodoxo e independiente, pues: «me salía de las normas y todas las corporaciones desconfían del heterodoxo. Recelos y resentimientos cuya intensidad tal vez mi susceptibilidad exageraba». Movidado por las dificultades de reanudar su actividad investigadora y consciente de que la victoria sobre el fascismo no había exterminado la amenaza totalitaria debido al auge del comunismo en Europa, Aron reanuda su compromiso liberal, añadiendo al periodismo la dimensión política al ser nombrado director del gabinete del Ministro de Información, aunque permaneció en el cargo tan solo unos meses. Como reconoce en sus *Memorias*: «Mi ambición auténtica, estrictamente intelectual, cedió por algún tiempo al sueño del servicio público y a la intoxicación política».

Terminada la guerra comienza a escribir en *Combat* y en la revista *Temps Modernes*, pero pronto se aparta de ella al chocar con la línea editorial que marcaba el tándem Sartre-Beauvoir. Su alejamiento de la universidad y la política hace que localice su trabajo en el periodismo y la investigación ensayística independiente. En 1947 entra en *Le Figaro*, donde permanecerá treinta años como editorialista y columnista. La situación que exhibe Francia en esos momentos le angustiaba tanto como años atrás la que padeció en la Alemania weimariana. En noviembre de 1945 había redactado un informe para el general De Gaulle proponiéndole un modelo constitucional presidencialista que concentrara el poder en un ejecutivo elegido por diez años a través de un colegio electoral amplio. La razón de ello era lo que atisbaba como una amenaza directa para la democracia liberal francesa: la existencia de un partido comunista vigo-

roso con el que era imposible una colaboración eficaz en términos de lealtad al parlamentarismo demoliberal. De hecho, las elecciones de 1947 confirmaron su barrunto ya que los comunistas obtuvieron el 28,8 por 100 de los sufragios; los gaullistas el 26,3; los socialistas el 18,1; los independientes de centro el 15,4 y los radicales el 11,4. Esta circunstancia, unida a la presencia de casi un millón de militantes comunistas que convulsionaban el país con huelgas y movilizaciones anticapitalistas, atemorizaban a un Aron que veía en el partido comunista un aliado destinado a «abrir la vía al imperialismo ruso-soviético» en Francia.

En tan difícil coyuntura, el activista liberal que era Aron se decide nuevamente por el compromiso antitotalitario y apuesta por defender intelectualmente el liberalismo a través del desarrollo de una línea de reflexión teórica que, apegada a la temporalidad, ofreciese una oposición eficaz al avance del totalitarismo comunista dentro de Francia. Es entonces cuando inicia la publicación de una serie de libros filosófico-periodísticos de contenido polémico a través de los que Aron mantiene una confrontación cuerpo a cuerpo con el marxismo —como soporte teórico del totalitarismo de la postguerra—; el comunismo —como instrumento partidista en el seno de las democracias liberales europeas—; y la Unión Soviética —como sostenedor material de la amenaza totalitaria antiliberal que a escala planetaria emerge a partir de 1945—. Por otro lado, consciente de la fascinación que la mencionada tríada ejercía sobre los círculos intelectuales franceses, dirige sus esfuerzos analíticos a descifrar los motivos de la aproximación de aquéllos al comunismo prosoviético, al que identifica como una suerte de Pedro el Grande de la era industrial.

La estrategia combativa de Aron será doble en sus objetivos ya que llega a la conclusión de que resultaba imprescindible el fortalecimiento interno y externo del sistema demoliberal, al tiempo que debía darse una crítica furibunda tanto al soporte teórico del marxismo como a sus derivas sociales. El primer paso en la materialización de estos objetivos fue la publicación en 1948 de un ensayo que titula *El gran cisma*. Concebido como un trabajo de divulgación, Aron alcanza un gran éxito editorial ya que aborda una reflexión directa sobre el totalitarismo enfrentándose a las tesis de Marx y Spengler. En realidad, lo que hace Aron es retomar su crítica antitotalitaria al proyectarla sobre las relaciones internacionales, bosquejando las líneas básicas de su pensamiento de la postgue-

rra al acuñar la idea-fuerza con la que describe ésta: la época de la «paz imposible, guerra improbable».

Para Aron, 1945 supone una divisoria temporal novedosa que inaugura una planetarización de las relaciones internacionales en torno a la bipolaridad EE. UU-URSS. El fin de la Segunda Guerra Mundial no ha traído la paz sino la consumación de un cisma entre la «nación y las libertades personales de una parte y la revolución obrera y la dictadura del proletariado de otra». La política de bloques nacida de ella hace imposible la paz ya que la confrontación planteada por el totalitarismo soviético escinde el mundo brutalmente entre un Occidente libre que vive instalado a la defensiva y una Unión Soviética imperial que despliega una estrategia beligerante que trata de socavar, sin llegar a la guerra directa por el momento, la resistencia de sus oponentes: esas democracias liberales cuya defensa «se quiera o no debe afrontarse desde la protección americana y la integración del mundo atlántico».

A la sombra del mapamundi ideológico que Aron traza como un geógrafo de la libertad amenazada, su obra comienza a adoptar un sesgo cada vez más trágico en el que se destacan dos inquietudes muy precisas: determinar cuáles son las estrategias de agresión totalitaria que se ensayan dentro de las democracias liberales y detallar planetariamente hacia dónde se encamina el balance de la confrontación este-oeste. En este sentido, la imagen de Aron se parece cada vez más a la de Tocqueville. Con razón se le ha descrito como «el último liberal» ya que su soledad hace que se abunden en él los rasgos de un emboscado liberal que vive acosado por numerosos frentes abiertos debido a su quehacer de francotirador liberal. Esta soledad aroniana es el producto de su pragmatismo epistemológico y su activismo liberal. Así, se enzarza en debates periodísticos que reflejan equilibrios analíticos complejos y sutiles. Defiende la construcción de una Europa unida que facilite un acercamiento francoalemán pero, al mismo tiempo, rechaza la creación de una Comunidad Europea de Defensa debido a su atlantismo pronorteamericano y su rechazo a la neutralidad de Francia, tomando partido en 1950 por la intervención norteamericana en Corea. Al mismo tiempo, abandona la reflexión de factura académica en torno a la filosofía de la historia –el ámbito de su especialidad– para profundizar en la realización de estudios de campo muy apegados a la realidad práctica de su antitotalitarismo militante.

En realidad, tal y como se apuntó antes, Aron lo que hace es resituarse en su línea investigadora ya que no rompe con los métodos esbozados durante su etapa formativa. Fiel a ellos, centra ahora su atención en lo que considera el núcleo de la estructura de la realidad postbélica: la Guerra Fría y la sociedad industrial que emerge asociada a su desarrollo. Y ello porque la experiencia dramática y solitaria del liberal que es Raymond Aron conduce al historiador y observador que concurren en él a reflexionar sobre la realidad de su tiempo como consecuencia de sus propios planteamientos metodológicos. Esta es la razón de que dirija su atención sobre las coordenadas inmediatas de un mundo que a sus ojos se desgarraba en un enfrentamiento bipolar, mientras muta en sus estructuras planetarias debido a la acción técnica de la industrialización. Para Aron, la segunda mitad del siglo XX emerge como un nuevo episodio dentro de esa narración inacabada que es la historia de la humanidad. La primera mitad del siglo ha pasado sus páginas, piensa, y ahora el planeta se transforma en la superficie de los acontecimientos y en la profundidad de los cambios sociales y tecnológicos. Aron se adapta a este nuevo escenario en el que renacen los aspectos tradicionales del acontecer histórico. Elige la escritura de su tiempo y elude el tono profesoral para deslizarse hacia la plasticidad ensayística. Consciente del valor pedagógico de la reflexión, trata de hacerla directa y accesible, liberada de adherencias academicistas ya que un tiempo de mutación planetaria irrumpe en 1945 y, con él, una geografía histórica que habla del ascenso y caída de imperios y de la rivalidad de regímenes políticos que conviven con la mudanza planetaria de su piel sociológica.

## VII. LAS COORDENADAS INQUIETANTES DE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL

Un segundo paso en la materialización de la estrategia aroniana descrita más arriba fue el ataque que dirigió contra los sostenedores del totalitarismo dentro de la democracia liberal. De ellos dijo que esgrimían un argumentario arcaico, mágico y mitómano en medio de un mundo que aspiraba a seguir profundizando en su modernización de acuerdo con las claves weberianas del desencantamiento planetario. La publicación en 1955 de *El opio de los intelectuales* supuso en la práctica un acción directa

contra el meollo de la resistencia antiliberal que operaba desde unas elites intelectuales que estaban embebidas de existencialismo sartriano o cristianismo marxista. Concretamente contra quienes, como Claude Lefort, Jean-Paul Sartre, Francis Jeanson, Althusser o Merleau-Ponty, se decían renovadores de un marxismo que, en realidad, manipulaban para convertirlo en un entramado de versiones imaginarias que utilizaban de acuerdo con sus intereses particulares de «hombres que no querían ser anticomunistas y atlantistas, pero que deseaban seguir siendo revoluciones en medio de una revolución que era imposible».

El punto de partida aroniano localiza su crítica en los iconos movilizadores de una izquierda marxista que no quería aceptar que, según avanzaba el siglo XX, se ponía cada vez más de manifiesto la disociación entre la teoría marxista y la experiencia histórica. De ahí que fueran los conceptos de revolución y proletariado los objetivos de su análisis. Para Aron ambos términos no eran operativos iniciada la senda de la segunda mitad del siglo, sobre todo en el escenario de la Europa en la que se desarrollaba la batalla que enfrentaba las democracias liberales y el totalitarismo soviético. La revolución era un imposible en el continente europeo en términos marxistas debido a la erosión del poder movilizador y revolucionario del proletariado en una sociedad que, según apuntó luego Marcuse, la formaban mayoritariamente trabajadores de cuello blanco y hábitos burgueses. Marx creía de acuerdo con sus planteamientos dialécticos que la revolución política era una revolución social protagonizada por un proletariado que quería poner fin a las alienaciones que imponían las contradicciones del capitalismo. Analizado el tejido social de la Europa nacida de las guerras mundiales, la conclusión sociológica aroniana era evidente: el potencial revolucionario decimonónico se había disuelto en el seno de las sociedades industriales avanzadas a raíz de la extinción de un proletariado alienado; de hecho, si el mito revolucionario subsistía era tan solo en la mente de los intelectuales que en «el año VII de la Guerra Fría» seguían soñando con él, lo cual «fuera de Francia y de Saint-Germain-des-Pres resulta incomprensible».

En *El opio de los intelectuales* Aron centra su estudio en un análisis de Marx y llega a la conclusión de que el forjador de la conciencia moderna ha sido manipulado por el totalitarismo comunista a través de una serie de «marxismos imaginarios» que incorporan el mito y la irracionalidad

allí donde la ciencia y la búsqueda de la verdad objetiva pretendían ser los catalizadores del pensamiento marxista primitivo. La lógica científica de la revolución es un despropósito a principios de los años 50 en los países que son la vanguardia de la dialéctica capitalista. De hecho, sostiene Aron, la única revolución posible sería la que el comunismo quisiera poner en marcha dictatorialmente si se hiciera con el poder en Francia y repitiera por la fuerza los esquemas estratégicos llevados a cabo por el leninismo soviético. Solo mutando sus planteamientos teóricos y deslizándose hacia el escenario de la superchería y la ficción revolucionaria, el comunismo podría hacer la revolución. Pero no sería una revolución en términos marxistas proletaria, sino una revolución nacional, parecida a la que Lenin puso en marcha aprovechando el vacío de poder provocado por la caída de los zares. En este sentido, especial atención dedica al marxismo-leninismo soviético ya que lo considera la principal mistificación del siglo XX al convertirse en una suerte de religión secular que funda una nueva versión del viejo mesianismo del imperio de los zares a través de una mitomanía que hace de «los representantes del proletariado ruso la vanguardia del proletariado mundial», esto es: los apóstoles de la edificación de una forma de socialismo planetario que redimirá al hombre mediante la «recreación de un hombre nuevo: el homo sovieticus».

La reacción antiaroniana suscitada por *El opio de los intelectuales* abismó a nuestro autor en el aislamiento. La publicación de este trabajo trajo consigo el ostracismo definitivo de Aron. A partir de 1955 presenta el aspecto definitivo de un intelectual comprometido con un liberalismo acosado. Su ensayo coloca a Aron en la posición de un analista implacable de los mitos de la izquierda que monopolizaba las industrias culturales, la universidad y la respetabilidad académica de Francia. Su acusación de idólatras alienados no cayó en saco roto entre pensadores como Sartre o Merleau-Ponty. Una poderosa andanada reflexiva golpeó la ciudadela del marxismo francés gracias a un libro que E. Bettiza definió como «el primer desmitificador sistemático del marxismo». De hecho, la convocatoria de una cátedra de sociología en La Sorbona en 1955 provocó la movilización de la izquierda universitaria cuando se supo que pugnaba por ella Aron. Se le acusó de ser el antípoda de la inteligencia académica. Así, Georges Gurvitch mantuvo públicamente que los libros y artículos de Aron le destinaban más a una cartera ministerial gaullista que a una

cátedra de sociología. Con todo, al final Aron obtiene su cátedra aunque su vida en La Sorbona no fue nada fácil, especialmente a partir de 1968 cuando se opuso a los movimientos estudiantiles.

Durante los años que median hasta la revolución del 68 Aron retoma su trabajo investigador, localizando sus esfuerzos en el estudio de los paradigmas de la sociedad industrial. Nombrado Director del Centro Europeo de Sociología Histórica contribuye a la transformación de la licenciatura en sociología y moderniza sus áreas de investigación. En 1962 publica *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*, delimitando los rasgos y peculiaridades de ésta e iniciando una línea de trabajo que le llevará a publicar posteriormente *La lucha de clases* (1964) y *Democracia y totalitarismo* (1966). Como dice en 1970 en *Los marxismos imaginarios*: «El hecho más importante de nuestra época no es el socialismo ni el capitalismo, ni la intervención del Estado o la libertad de empresa, sino el desarrollo colosal de la técnica y la industria, tal y como se aprecia en las concentraciones industriales que simbolizan Detroit, Billancourt, Moscú o Coventry. La sociedad industrial es el género; las sociedades occidental y soviética, las especies». Para Aron la sociedad industrial tiene una tipología propia de naturaleza planetaria que condiciona no sólo la vida social sino cultural de la humanidad. Los caracteres típicos del nuevo modelo social emergente son compartidos a un lado y otro del cisma que separa a Occidente de la Unión Soviética y sus países satélites. Así, la empresa está radicalmente disociada de la familia; la división del trabajo se sustenta en la división técnica dentro de la empresa; la acumulación del capital y el carácter progresivo de la economía guían las fases productivas; la aplicación social de las ventajas que brinda la técnica pasa por el tamiz de un cálculo económico riguroso; y, finalmente, la concentración obrera en los lugares de trabajo modifica el entorno urbanístico y la existencia cotidiana de las personas. La presencia de estas notas, piensa Aron, distinguen la sociedad industrial, diferenciándose las especies capitalista y socialista en función de una serie de notas singulares que hacen que la sociedad industrial capitalista gire en torno a la apropiación individual de los medios de producción; la regulación descentralizada de la economía, de manera que el equilibrio entre la producción y el consumo se produce en el mercado; los patronos y los trabajadores están separados al ser los primeros propietarios y los segundos fuerza de trabajo; el beneficio es el móvil predomi-

nante de la acción empresarial; y la distribución de los recursos no se determina planificadamente al existir fluctuaciones de precios que el mercado gobierna parcialmente mediante las leyes de la oferta y la demanda.

La repercusión social e ideológica que plantea la nueva estructura industrial planetaria no oculta la preocupación intelectual del liberal que sigue siendo Aron, sobre todo la incidencia que aquélla tiene sobre el desenvolvimiento de la atmósfera de libertad que caracteriza el funcionamiento de las democracias liberales. Aquí, de nuevo, se perciben los ecos de la influencia formativa weberiana y la conexión con la tesis frankfurtianas contenidas en *La dialéctica de la Ilustración* de Horkheimer y Adorno. La acción de la racionalidad instrumental opera a varios niveles. En la superficie de la realidad brinda al hombre un bienestar creciente, al tiempo que la civilización se expande de la mano de los avances científico-técnicos. Sin embargo, en un nivel inconsciente o subterráneo, las masas de las sociedades industriales avanzadas experimentan un apolitismo creciente y un conformismo que cultiva la búsqueda hedonista del confort y la seguridad, debilitándose su ansia de ejercer la libertad individual y colectivamente. Su participación en 1955 en el encuentro «El futuro de la libertad» organizado en Milán en el Museo de la Ciencia y de la Técnica pone de manifiesto esta tensión que intranquilizaba interiormente a Raymond Aron y que se traduce en la formulación de una reflexión general sobre el llamado «fin de las ideologías» dentro del escenario opulento de las sociedades industriales y tecnificadas. En este sentido, dice Aron: «el fin de las ilusiones, de las ideologías totales, de las soluciones milagrosas no es ni debe ser el abandono del combate, que se mantendrá tanto como dure la existencia humana, para corregir las múltiples injusticias que corrompen nuestras sociedades occidentales, para atemperar los conflictos que penden sobre todo orden social, para colocar los recursos crecientes de la ciencia y de la técnica al servicio de una existencia digna de hombres libres y no de robots».

#### VIII. LA GUERRA REVISITADA

A partir de los años 60, y asociado con los vectores de reflexión arriba referidos, nuestro autor continuará indagando sobre los procesos de raciona-



lización técnica que impone la sociedad industrial y las consecuencias políticas que de ello se desprenden. Con todo, las inquietudes de Aron en este campo no le apartan de su objetivo de seguir radiografiando el panorama internacional y emitir sus propios diagnósticos al respecto. En este sentido, debe destacarse la publicación en 1962 de *Paz y Guerra entre las naciones*. La heterodoxia de este libro no resta valor a la trascendencia que reviste de cara a los estudios posteriores que dedicará a las relaciones internacionales bajo el cisma de la Guerra Fría. Su antecedente está en *La sociedad industrial y la guerra* (1958). En este libro comienza una reflexión sobre la guerra como fenómeno humano, concretamente sobre las consecuencias que la expansión de la sociedad industrial tiene sobre un mundo que vive bajo la amenaza de la guerra nuclear y la rivalidad hegemónica entre las dos superpotencias. Para Aron, a diferencia de lo que sostenía Comte, la aparición de la sociedad industrial no ha contribuido a erradicar la guerra. Frente al optimismo comteano, Aron opone la crudeza de una realidad plagada de guerras, incluso en el escenario de las relaciones internacionales que viven entre sí las sociedades industriales.

En *Paz y Guerra entre las naciones* se parte de un rechazo apriorístico y purista de las relaciones internacionales. Tras concebir éstas como un subsistema social cuya especificidad reside en que sus actores están marcados por la alternativa de hacerse la paz o la guerra, cualquier elaboración teórica sobre ellas debe partir del presupuesto de la creciente complejidad del mundo a partir de la Segunda Guerra Mundial. Las relaciones internacionales de la postguerra se encuentran ante el insalvable problema de la existencia de una multiplicidad de variables que en el pasado no existían. La complejidad de las mismas es tan elevada que se hace muy difícil determinar los niveles de riesgo bélico entre los estados del mundo, pues a la fragmentación horizontal o geográfica y a la vertical derivada de relaciones militares, políticas, comerciales o religiosas, hay que añadir la formación de sistemas transnacionales de muy diverso orden y los contrastes brutales que se dan entre la riqueza de unos pocos y la pobreza de la mayoría de los estados, sin olvidar el cuestionamiento que los países ricos hacen del camino que los condujo hacia su bienestar mientras los pobres no renuncian a emularlos a cualquier precio.

La posición de Aron a la hora de interpretar las relaciones interestatales se funda en un realismo moderado que lo aparta de las tesis «fuer-

tes» de Morgenthau y otros, ya que no asume que la defensa de los intereses nacionales constituya la esencia de la política exterior. El realismo aroniano es un trasvase al ámbito internacional de las categorías que desarrolló sobre la acción y la decisión individuales en *La introducción a la filosofía de la historia*. Y así, la elección de la guerra o la paz en el seno de las relaciones internacionales no puede subordinarse a optar, sin más, entre un bien y un mal absolutos, nacional o supranacional. Este maniqueísmo es producto de la fantasía. La observación de la realidad y el proceso electivo que desemboca en la decisión debe desenvolverse dentro de unas coordenadas mucho más sutiles e inequívocas, al menos en una democracia liberal. Ésta debe defender sus intereses —que están ligados a la supervivencia de las instituciones libres—, pero sin olvidar que su acción se desenvuelve dentro de un marco complejo y torsionado, lleno de desequilibrios y tensiones planetarias, pues, como señala en *Los últimos años del siglo* al respecto: «El conflicto Este-Oeste se libra a menudo en el Sur, dicho en otros términos: en el seno de los países en vías de desarrollo, desgarrados entre la impaciencia de sus pobres y el egoísmo de sus ricos. Puede ser que, a largo plazo, el destino de las masas de lo que se llama tercer mundo pese más sobre el futuro de la humanidad que el conflicto de poder e ideología que opone a los países industrializados del Oeste con los países soviéticos y que se difunde a través de todo el mundo. Con todo, en nuestra época es la supervivencia de las instituciones libres lo que constituye la apuesta de la historia universal».

Precisamente la necesidad de que las instituciones libres sobrevivan durante la Guerra Fría y el terror nuclear asociado a ella como posibilidad es lo que preside *El gran debate. Introducción a la estrategia atómica* (1963). De nuevo Aron se sitúa en el centro de una agria polémica provocada por la decisión del presidente De Gaulle de emplear la disuasión nuclear como parte de la política de defensa francesa. La tesis aroniana vuelve a buscar equilibrios sutiles en su reflexión. Reconoce que en un mundo marcado por la amenaza del terror nuclear, el empleo del arma atómica busca incrementar la seguridad de quien recurre a ella. Por eso defiende que las democracias liberales utilicen la disuasión nuclear coordinadamente, correspondiendo a los Estados Unidos un papel de liderazgo. Si Francia cree que dotándose de una fuerza nuclear propia y autónoma va a obtener una mayor seguridad frente a la URSS se equivoca. Primero, porque

sin la protección norteamericana la disuasión nuclear francesa es insuficiente a la hora de intimidar a la URSS si lanzara una ofensiva convencional sobre Europa occidental. Segundo, porque paradójicamente debilita el compromiso de seguridad de los Estados Unidos con Europa ya que al desgajarse Francia de la estrategia común de la OTAN, se relajan los vínculos norteamericanos con el continente europeo.

Algunos años después, la indagación sobre la guerra llevará a Aron a publicar su voluminoso *Pensar la guerra, Clausewitz*. Escrita en 1972, la obra se relaciona con las anteriores ya que supone una reivindicación provocadora de la figura de Clausewitz y de su tesis de que «la guerra es la continuación de la política por otros medios». A la luz de este trabajo, Aron nos muestra un Clausewitz revisitado bajo el perfil de un fino «lector de Montesquieu y Voltaire que trató de ser un teórico del equilibrio europeo» al buscar que la política aunara y equilibrara «todos los intereses de la administración interior con los de la humanidad y cuanto el entendimiento filosófico es capaz de hacer valer todavía». La relectura conjunta y coordinada de la obra de Clausewitz hace que Aron mantenga que el teórico prusiano atribuyera a la inteligencia política la supremacía de ésta sobre la acción militar. En un escenario en el que las relaciones interestatales son esencialmente conflictivas, la guerra tiene que ser una posibilidad que haga coherente y eficaz una política que aspira a ser de equilibrios, de modo que la violencia tiene que ser potencialmente operativa dentro de unas coordenadas trazadas por términos como fin-medio y estrategia-táctica; algo que a los ojos de Aron sigue vigente bajo el equilibrio planetario de la disuasión nuclear. Es en este sentido donde se ubica la actualidad de la tesis de Clausewitz, pues la guerra aparece como un medio al servicio de un fin que es la política, y cuyos objetivos son el mantenimiento de la paz y el equilibrio.

#### IX. EL PSICODRAMA DEL 68

El estallido de la crisis del 68 francés supone para Aron una nueva confrontación con las tendencias dominantes de su tiempo. Nuestro autor se empeña nuevamente en nadar contracorriente al establecer una reflexión que trata de diseccionar con objetividad los móviles de la misma. De

hecho, para Aron la inesperada revolución patentiza las carencias programáticas de la política gaullista y la debilidad moral de una sociedad francesa cuya juventud siente hastío respecto de los éxitos socioeconómicos alcanzados desde la Segunda Guerra Mundial. El liberal que es Aron vuelve sus ojos sobre la realidad francesa y comprende que la libertad sigue en peligro debido a las fracturas emocionales que engendra el bienestar masificado que propende la sociedad industrial y que actúa tanto sobre sus masas como sobre sus elites, tal y como se pone de manifiesto con el hecho de que la agitación fuera promovida principalmente por los medios universitarios.

Tres años antes de los acontecimientos de mayo de 1968 Aron había publicado su *Ensayo sobre las libertades*. Fruto de las conferencias pronunciadas en Berkeley bajo el patrocinio del Committee Jefferson Lectures, el trabajo se divide en tres capítulos redactados a partir de las aportaciones teóricas de autores como Isaiah Berlin, Friedrich Hayek y Felix Oppenheim. El tono inquieto del texto es patente desde la primera línea; especialmente en su tercer capítulo: el que dedica a analizar la relación que se da entre la libertad y la sociedad industrial. La libertad –concebida en términos hayekianos– es para Aron primariamente negativa: una esfera de privacidad individual frente a la intervención de terceros, incluyendo al Estado. En este sentido, la idea de libertad aroniana se mantiene dentro de los cánones del liberalismo clásico. Ahora bien, como dice el *Ensayo sobre las libertades*: ser libre para hacer una cosa y ser capaz de hacerla no son lo mismo; de modo que en el marco de una sociedad libre no sólo debe garantizarse la libertad para hacer o no hacer algo mediante un haz de reglas despersonalizadas, sino que dichas reglas tienen que ser efectivas y estar al alcance de todos los ciudadanos, pues no debe olvidarse que aunque las masas constituyen el punto clave de la sociedad industrial, con todo, están hechas de individuos aislados sobre cuya conciencia descansa el obrar de un modo u otro. En este sentido, la liberación de las masas mediante la vigencia colectiva de la libertad tiene que concebirse como liberación del individuo y de su conciencia.

Por otro lado, junto a la libertad negativa existe también una libertad de naturaleza positiva –digamos berliniana–, y que está asociada a la participación cívica en la vida pública. Aquí debe notarse que Aron entrevé una amenaza latente asociada a un doble fenómeno erosivo de

la vitalidad de la democracia liberal, pues, sin participación cívica ésta corre el riesgo de descomponerse en átomos sin conexión entre sí. La decadencia de las elites por un lado y, por otro, la creciente pasividad de las masas contribuyen a ello. Especialmente en el ámbito de ese «fin de las ideologías» que se percibe como un debilitamiento colectivo de la ilusión y que afecta por igual a las elites y las masas. Sin capacidad para emocionar los corazones y con el espíritu en proceso de petrificación, la sociedad industrial se consolida mediante la mecanización de los hábitos y referentes de interpretación y transformación del mundo que impone a través de su desarrollo cotidiano. El apaciguamiento de los conflictos interiores y la incredulidad provocada por el bienestar extendido hace que «las masas de las democracias pacíficas, en las sociedades industriales avanzadas, están amenazadas por el apoliticismo, e incluso, por un conformismo dentro de un clima general de satisfacción y confort». A este hecho, como se acaba de apuntar, debe unirse otro: la decadencia de las elites democráticas debido a la propia acción de la sociedad industrial y los procesos de especialización fomentados por ella. De ahí que sea imprescindible, tal y como señala Aron en *Democracia y totalitarismo* (1965), «reconstruir una elite dirigente que no sea cínica ni cobarde y que tenga arrojo político sin caer en el maquiavelismo puro y simple: una elite dirigente que tenga confianza en sí misma y sentido de su propia misión».

En tan confuso e inquietante escenario, el fenómeno revolucionario del 68 francés despunta como una consecuencia de los procesos referidos más arriba. Aron lo describe con dureza. Desde la prensa se enfrenta a lo que ve como un psicodrama colectivo de niños mimados por una república preocupada por velar excesivamente por su bienestar. Llega a decir que las protestas estudiantiles son un rabieta inconsciente contra el aburrimiento cotidiano. Así, mantendrá en *La revolución inesperada. Reflexiones sobre los acontecimientos de mayo* (1968) que: las «disputas callejeras que degeneraron en tumultos, los enfrentamientos entre los manifestantes y la policía llenan de placer a los eternos aficionados al guiñol... La vario-pinta multitud que puebla los anfiteatros y los corredores de los edificios universitarios, los oradores improvisados que repiten casi inconscientemente los gestos y las palabras de los grandes antepasados divierten y atraen a los curiosos. En las universidades, e incluso en los liceos, los profesores se enfrentan entre sí con mayor o menor entusiasmo; unos

siguiendo a los estudiantes iracundos –y a veces hasta encabezándolos–, otros levantando una barrera ante la demagogia, de utopía o de sueños, acrecentada por la ilusión de vivir jornadas históricas».

La reacción de la izquierda comprometida con las jornadas del 68 fue cruel. La atmósfera de La Sorbona se hizo irrespirable para Aron. Los abucheos, los pasquines, las acusaciones de sus colegas de seguidismo gubernamental e, incluso, de reaccionarismo, hicieron mella en la resistencia de un Aron que abandona La Sorbona para trasladarse, primero, a la *Escuela Práctica de Altos Estudios* y, después, al *Colegio de Francia*. Este movimiento aroniano debe entenderse en realidad como una suerte de autoexilio. Su ubicación académica fuera de los círculos de la ortodoxia y la *intelligentsia* universitarias de la época supusieron para él una renuncia pero, también, una liberación que le permitió dirigir su atención investigadora hacia el ámbito de las relaciones internacionales, renunciando así a sus estudios más sociológicos. Su enfrentamiento con la elite universitaria estuvo mediatizada por el hecho de representar una voz discordante y heterodoxa a la que se veía –debido a la proyección pública de las opiniones de Aron– como una grave fractura distorsionadora de la cohesión de una elite que aspira a transformar revolucionariamente la sociedad francesa desde arriba.

Expresión del malestar aroniano ante las consecuencias personales derivadas de su actitud durante la crisis de 1968, fue la publicación un año después de su trabajo *De una familia santa a otra. Ensayo sobre los marxismos imaginarios*. Escrito con tono agrio y factura de polémica amarga, el texto está repleto de ataques personales en los que se desliza la arrogancia del intelectual herido que era Aron. En sus páginas localiza su crítica sobre las escuelas «existencialista-subjetivista» y «pseudoestructuralista», siendo dos los destinatarios directos de sus pullas: Jean-Paul Sartre y Louis Althusser. De hecho, dice de ambos que han elaborado un marxismo que no es ortodoxo; han edulcorado y manipulado los textos y principios de Marx mediante una técnica imaginativa al servicio de sus intereses de intelectuales deseosos de estar a la moda, destacando aquí Althusser, a quien Aron invita a leer a Marx seriamente ya que «no ha aportado nada sobre él que sea verdadero, original e importante acerca de su pensamiento». En *Historia y dialéctica de la violencia* (1973) será Sartre el receptor de sus críticas al definirlo duramente como

un simple moralista: un filósofo de la rebeldía que ha fustigado a los reformadores prosaicos desde su olimpo de profeta laico de las revoluciones justicieras en las que predomina la poesía de la acción revolucionaria. Su desconocimiento del marxismo y de la economía política, así como el empleo de conceptos mal perfilados que anuda a contenidos imprecisos y mal digeridos intelectualmente, hacen de él un «mal marxista»; especialmente cuando trata de interpretar con voluntad totalizadora la historia a partir de una ontología radicalmente individualista como es la que plantea desde su existencialismo antiheideggeriano.

#### X. VIGENCIAS TRASATLÁNTICAS

A partir de 1970 el pensamiento aroniano centra sus esfuerzos en el estudio de la política internacional de la era de bloques. Desde entonces, Aron localiza su atención sobre esta materia, siendo tres las obras más significativas que produce desde la soledad autoconsciente de ser el «último» de una casta de pensadores liberales que habría que retrotraer en la historia intelectual francesa a Tocqueville y los doctrinarios: *La República imperial. Los Estados Unidos en el mundo* (1945-1972); *Pensar la guerra. Clausewitz* (1973) —ya analizado más arriba—; y *Los últimos años del siglo* (1983), publicada póstumamente por un grupo de trabajo formado por Jean-Claude Cassanova, Pierre Hassner, Pierre Hanent, Dominique Schanapper y Stanley Hoffmann, y que reúne los últimos trabajos escritos por Aron desde 1978 hasta su muerte en octubre de 1983.

En realidad, estamos ante los ensayos de cierre de toda una vida entregada al pensamiento. Raymond Aron trata de analizar el estado de la cuestión en el que se encuentra la Guerra Fría a la altura de la difícil década de los setenta: cuando la política de distensión parece prosperar lentamente de la mano de una Unión Soviética que domina a la perfección los recursos de la propaganda y unos Estados Unidos que sufren sus primeros reveses internacionales en el Extremo Oriente, mientras Europa, como advierte Aron en su opúsculo *Lamento por una Europa decadente* (1977), se instala en una debilidad de carácter autoculpable que la precipita en un hedonismo individualista y consumista que pone en peligro su capacidad de acción frente a la amenaza soviética en el Viejo Continente. En este difícil escenario Aron vuelve a desplegar sus alas de

observador comprometido con la libertad. Como el Sísifo liberal que era, vuelve a la carga en su insistencia de fortalecer la civilización liberal frente al imperialismo totalitario protagonizado por la URSS. La actitud aroniana se hace más decididamente conservadora, ya que como indica en *Democracia y totalitarismo*: «las democracias son conservadoras de los valores tradicionales sobre los que se funda nuestra civilización: la libertad, la igualdad, la dignidad, la autonomía personal...».

Su defensa de los valores de la civilización liberal le lleva a tomar partido por la acción exterior norteamericana y a reivindicar la vigencia plena de las relaciones trasatlánticas en el contexto de la Guerra Fría. Desde 1945 había insistido en ello. La protección que los Estados Unidos brindaban a Europa occidental exigía de ambas partes una política de integración plena del mundo atlántico. La idea de una Europa unida no era incompatible con ella, pero debía plantearse inserta en el momento histórico que imponía el sistema internacional derivado de la Guerra Fría. En *Las guerras en cadena* (1951) aventura la tesis de que no era casualidad que el Ejército Rojo hubiera impuesto su fuerza sobre media Europa. La debilidad de ésta después de dos guerras mundiales y la presencia de poderosos partidos comunistas en Francia e Italia propiciaban la invasión. Cansada por los desastres y humillada en su orgullo de continente caído, Europa parecía una fruta madura para una Unión Soviética segura de sus objetivos y dueña del centro y este europeos. De hecho, pensaba Aron, la Europa libre debía elegir entre unirse al mundo comunista, resistir aislada a la influencia soviética o asociarse con los Estados Unidos en la defensa planetaria de la libertad. De las tres opciones tan sólo la tercera es admisible a los ojos de Aron. Sobre todo porque no creía que si Europa se aliaba con Norteamérica tuviera que perder su soberanía. En este sentido, la debilidad europea es una consecuencia de los avatares históricos no de su idea ni de los valores que la definían. Y es que a pesar de su decadencia y su incapacidad para oponerse a la amenaza soviética, Europa no debe temer a los norteamericanos ya que no han sido nunca una potencia imperialista. Además, los Estados Unidos necesitan a Europa dentro de su estrategia planetaria de contención del comunismo, ya que «los regímenes de Occidente pagan el liberalismo con la inestabilidad y la complejidad de la organización con la crisis». Unidas estrechamente en una alianza atlántica, ambas riberas del Occidente libre podrían resistir mejor la voracidad expansiva del imperialismo soviético.



Pero la alianza no podía ser un mero compromiso militar. Lo que se ventilaba era la victoria o la derrota de un Occidente libre encarnado por un régimen constitucional-pluralista y una prosperidad económica progresiva y generalizada. Para la mirada liberal de Aron los Estados Unidos y Europa son un proyecto compartido que exige una intensa coordinación basada en la mutua comprensión y la lealtad. Y aunque las relaciones entre ambos no pueden basarse en un principio de igualdad debido a que la responsabilidad norteamericana es mayor a raíz de su proyección planetaria, con todo, los Estados Unidos deben hacer el esfuerzo de comprender a una Europa que es frontera militar directa. Aquí resulta de gran valor la reflexión aroniana contenida en *Le gran debat*. En esta obra esboza un principio operativo que sigue siendo de gran actualidad cuando se habla de las relaciones trasatlánticas. Aron sostiene que en este marco debe darse una labor comprensiva de doble dirección: por un lado, los europeos han de comprender que la iniciativa estratégica antitotalitaria descansa en los norteamericanos como consecuencia de su hegemonía atlántica; por otro, los norteamericanos no pueden concentrar «exclusivamente su atención en sus propósitos sobre la estrategia y los medios de evitar la escalada», sino que tienen que hacer un esfuerzo de empatía y comprender psicológicamente «el estado de ánimo de sus aliados».

Pues bien, dentro de esa línea de análisis trasatlántico que se remonta al final de la Segunda Guerra Mundial, la publicación en 1972 de *La República imperial* nace al deseo de nuestro autor por evaluar la acción exterior norteamericana y, con ella, los éxitos y reveses cosechados por ella, poniendo de relieve los defectos de la estrategia diplomática de los Estados Unidos en su enfrentamiento con el totalitarismo soviético. Como en otras ocasiones, la metodología realista aplicada trata de captar la acción exterior tal y como es, desprovista de apriorismos y conceptos absolutos. Para Aron los Estados Unidos han puesto en práctica a partir de 1945 una política imperial que combina realismo en los hechos e idealismo en las palabras. La razón de ello reside en la propia complejidad del momento norteamericano: una potencia revolucionaria y progresista que ha tenido que suplir el vacío geoestratégico causado por la debacle exterior de las potencias liberales europeas después de la Segunda Guerra Mundial. En esta tarea una cierta inexperiencia práctica ha llevado a los norteamericanos a

poner en marcha una política de contención rigurosa, interpretándola ingenuamente como una especie de imperativo categórico. Fruto de ella son, piensa Aron, el desastre de Vietnam y la profunda crisis moral que provoca en la sociedad norteamericana al afectar tanto a la confianza de la elite dirigente como a la respetabilidad de las instituciones democráticas.

Para Aron, los Estados Unidos que afrontan la década de los setenta están instalados en una situación de debilidad inesperada frente al avance incontenible de la potencia militar soviética en Asia y África. De hecho, creía que después de su derrota en Indochina, la República imperial corría el riesgo de precipitarse en un proceso de declive y decadencia progresiva, a no ser que su potencialidad revolucionaria y utópica le permitiera recuperar la iniciativa después de una profunda autocrítica interior. En este sentido, a pesar del pesimismo aroniano que se trasluce a lo largo de las páginas de *La República imperial*, la esperanza de que se produjera una reacción norteamericana queda abierta, aunque matizada por las circunstancias de la época. Heredero del pensamiento de Tocqueville, Aron tiene un profundo conocimiento de las esencias culturales y políticas de la república norteamericana. A diferencia de Europa, los Estados Unidos son una democracia vigorosa y joven, una potencia progresista que no comparte todavía con el Viejo Continente esa decadencia moral que, como describe en *El espectador comprometido* es el producto de un alejamiento colectivo de la virtud ya que la moral del ciudadano europeo no pone por encima de todo la supervivencia y la seguridad de la comunidad, sino la «moral del placer, de la felicidad de los individuos y no la virtud de los ciudadanos... Si ya no queda nada del deber del ciudadano, si los europeos ya no piensan que hay que ser capaces de luchar para conservar las posibilidades de placer y felicidad, entonces, en efecto, somos brillantes y decadentes a la vez».

Por el contrario, los Estados Unidos conservan su potencialidad utópica y un profundo discurso cívico. Para la joven democracia norteamericana la suprema virtud es adecuarse pragmáticamente a la realidad a partir de un modelo político que salva la tradición renovándola. En realidad, piensa Aron, Norteamérica es una revolución conservadora permanente o, si se prefiere, un imperio liberal. Después de edificar una arquitectura política basada en la libertad, la igualdad y la búsqueda de

la felicidad, conservan su potencialidad revolucionaria mediante una Constitución abierta y flexible que se caracteriza, tal y como la describe en *La sociedad industrial y la guerra*, por una «actitud pragmática ante los problemas que requieren solución, por el rechazo de las ideologías y la violencia, por el esfuerzo de mantener una continuidad espiritual y la vitalidad de las creencias religiosas». Estas circunstancias hacen posible la identificación de los ciudadanos norteamericanos con su Constitución, algo que Aron considera básico a la hora de que una sociedad sea capaz de progresar en un clima de libertad. Desprovistos de tensiones ideológicas, los Estados Unidos pueden ser un ideal para la humanidad tal y como aventuraba el poeta del sueño americano, Walt Whitman, pues éste, «el ‘american way of life’ es la negación de lo que el intelectual europeo entiende por ideología. El americanismo no se formula en un sistema de conceptos o de proposiciones, no conoce salvador colectivo, ni conclusión de la historia, ni causa determinante del devenir, ni negación dogmática de la religión; combina el respeto a la Constitución, el homenaje a la iniciativa individual, al humanitarismo inspirado por creencias fuertes y vagas –bastante indiferentes a la rivalidad de las iglesias– y al culto por la ciencia y la eficacia. No comporta ortodoxia detallada, ni versión oficial, la escuela lo enseña y la sociedad lo hace obligatorio. Conformismo si se quiere, pero conformismo raramente vivido como tiránico, pues no prohíbe la libre discusión en materia de religión, economía y política».

Precisamente esta realidad intrínseca norteamericana es la que fiaba la esperanza aroniana de que el futuro no estaba cerrado a una recuperación del coloso dañado en el Extremo Oriente. En su obra póstuma, *Los últimos años del siglo* se confirma esta hipótesis. Raymond Aron elabora un análisis sobre el tiempo que se avecina a partir de los fenómenos históricos vividos desde 1945. El panorama que vislumbra es complejo. Las tormentas de la historia siguen proyectando sus sombras sobre las democracias liberales, especialmente en Europa donde crece la contestación a los Estados Unidos mientras se calla ante la amenaza nuclear de los misiles soviéticos SS 20 y 21. El escepticismo de Aron sigue en pie, ahora más acusado que antes. La edad se palpa en la escritura y con ella la cercanía del fin de su vida. Analiza la coyuntura internacional que comienza en los ochenta y ve que la URSS «ha querido igualar a los Estados Unidos

en todos los terrenos y, arrastrada por su impulso, ha superado a su enemigo adormecido». La reflexión es ambigua y sutil, sobre todo si se relaciona con la descripción que hace del régimen soviético: una tiranía férrea que controla una minoría de la que emanan todas las decisiones políticas mientras el pueblo padece el esfuerzo militar de lograr una victoria sobre Occidente mediante un «golpe de primera magnitud».

En estas circunstancias, y aunque el balance favorece a la Unión Soviética, el sistema planetario derivado de la Guerra Fría se mantiene casi inalterado. Los Estados Unidos siguen siendo conscientes de su dimensión mundial y han renunciado definitivamente a las tentaciones aislacionistas. El esfuerzo bélico no los ha empobrecido. Gozan de un bienestar envidiable mientras su enemigo padece los rigores de una economía de guerra. Es cierto que su posición en Oriente Próximo y en Europa se ha debilitado. La actitud francesa y el auge del pacifismo alemán lastran la capacidad operativa norteamericana en el continente, al tiempo que la administración Carter recupera para la diplomacia de los Estados Unidos un discurso idealista difícilmente ejercitable en el difícil contexto internacional de los ochenta. Los norteamericanos han perdido influencia en el mundo desde los setenta. Al desastre de Vietnam se añade su retirada de Irán y el crecimiento de la contestación anti-norteamericana en Europa. Mientras tanto su oponente sigue progresando geoestratégicamente al tiempo que agrava su superioridad en armas nucleares tácticas y convencionales. Si el ataque indirecto sobre Europa es improbable, su dominación política es factible, especialmente si la URSS logra una ventaja posicional en la zona del Golfo Pérsico a partir de su base de operaciones afgana.

Con todo, Aron sigue alumbrando la esperanza, aunque tímida. La superioridad soviética es producto de un impulso que la ha arrastrado hasta donde está a la altura de los primeros ochenta, y que coincide con el adormecimiento del gigante norteamericano. La sutileza aroniana es evidente, como se adelantaba antes. No afirma que la voluntad de superación soviética haya de persistir en su empuje ni que los norteamericanos tengan que permanecer enquistados en su sueño. De nuevo el liberal que confía en el poder de la sociedad abierta y la debilidad de la tiranía deja entreabierto la hipótesis de que la libertad triunfará, pues apostilla con rotundidad que: «La partida aún no está decidida. Hemos aprendido

que no se ganan las guerras con las estadísticas del producto interior bruto. Todavía no hemos llegado a considerar inevitable la victoria del Estado que se enorgullece de sus divisiones blindadas y cuyo pueblo languidece en la pobreza y la servidumbre».

Los inicios de la diplomacia reaganiana anuncian a los ojos escépticos de Raymond Aron un cambio sintomático, aunque todavía no bien definido del todo. La estrategia de los euromisiles, la reactivación de la alianza trasatlántica y el incremento de la resistencia militar norteamericana en las zonas amenazadas por la URSS, dejan entrever tímidamente una nueva ideología en Washington que, como apunta en *Los últimos años del siglo XX*, está buscando desde 1981 una nueva política internacional. Sin embargo, nada podía augurarse todavía como definitivo. Aron se muestra cauto a pesar de la cercanía de su muerte. Su pesimismo antropológico y su escepticismo analítico gravitan con la intensidad y la insistencia de los finales coherentes. Ya lo había explicado años atrás, cuando leyó en 1970 su discurso de ingreso en el *Colegio de Francia* y evocaba sus años de formación: «A partir de 1930 sentía casi físicamente la aproximación de tempestades históricas. Esas experiencias que me inclinaron hacia un pesimismo activo me han marcado para siempre. Definitivamente dejé de creer que la historia obedeciese por sí misma a los imperativos de la razón o a los deseos de los hombres de buena voluntad. Perdí la fe, pero he guardado, no sin esfuerzos, la esperanza. Descubrí el enemigo que no me he cansado de combatir: el totalitarismo. En todos los fanatismos, incluso en los animados de idealismo, sospecho un nuevo avatar del monstruo».

Para el «último liberal» que era Aron, todavía era posible la esperanza de que los Estados Unidos fueran capaces de seguir combatiendo el monstruo totalitario. Él, que había estudiado con profusión los sistemas políticos contemporáneos y que había analizado exhaustivamente la capacidad de reacción de las tiranías y las democracias ante los reveses políticos y económicos, comprendía que la única sociedad que estaba en condiciones de encarar los desafíos de la historia era la norteamericana. El imperio liberal que eran los Estados Unidos tenía en su seno los resortes emotivos y conceptuales para operar ante la decadencia que le acosaba. La decisión norteamericana de comprometerse con la libertad se produjo. Al igual que hizo individualmente Aron a partir de los años 30, la demo-

cracia norteamericana comprendió que ella también debía asumir sus compromisos planetarios y vencer su tendencia al aislacionismo. A la vista de los acontecimientos posteriores, la esperanza de Aron en las posibilidades de los Estados Unidos se han visto de sobra confirmadas. Primero, con la victoria junto a sus aliados atlánticos sobre el totalitarismo soviético; y luego con su reacción inmediata ante el brutal desafío planteado por el terrorismo islámico a raíz del 11 S. Y es que como había vaticinado en *El espectador comprometido*: «Estados Unidos es un país joven, capaz de recuperarse. En ciertos momentos parece deprimido, desesperado, y algunos años más tarde, es de un optimismo delirante. Es un pueblo joven que va olvidando a medida que los acontecimientos cambian».